

Samaniego (1) dice de este sutil doctor: «Cuando habla de la Eucaristía, reduce la conveniencia de la institución de este Sacramento divino á la reverencia y devoción que se debe tener á Cristo». «Casi toda la devoción de la santa Iglesia, son palabras de Escoto, se ordena á este Sacramento Máximo. Por él, el clero paga con mayor devoción las alabanzas divinas: por él, asiste el pueblo con más devoción á los sacrificios sagrados; por él, los unos y los otros ponen mayor cuidado en la pureza del alma: y por él, finalmente, todos confiesan sacramentalmente sus culpas con más viva y fervorosa diligencia».

S. Teófilo, patriarca de Alejandría, sobre las palabras: Éste es mi cuerpo, se expresa del siguiente modo: «El cuerpo de Cristo que se llama pan por ser éste confeccionado de la unión de muchos granos de trigo, indica la unión que debe tener el pueblo que tomó por adopción; y sobre las palabras; Ésta es mi sangre, añade: Su sagrada sangre, llamada vino, el cual se forma de muchos granos de los racimos de uva, significa la unión íntima de muchos en una congregación ó Iglesia (2)».

El doctor útil Nicolás de Lira (3) dice de este Sacramento, que «así como en la vida corporal, primero es la generación, y después la nutrición del engendrado; así en la vida espiritual precede el bautismo que es la generación espiritual y sigue la Eucaristía que es la espiritual nutrición. Mas en la generación natural, el que engendra no se une con el engendrado según la substancia, pero sí según la virtud, lo cual no sucede de este modo en la nutrición, porque cuando ésta tiene lugar, la comida se une con el que se nutre de ella según la substancia. Asimismo se verifica en la vida espiritual. Cristo, en el sacramento del Bautismo está únicamente según la virtud, pero en el Sacramento de la Eucaristía, que es el alimento espiritual, está según la substancia. En este sacramento se contiene Cristo bajo las especies

(1) Lib. II, cap. 4.º. Vida de Scoto.

(2) Lib. I. Coment. Evang.

(3) Postill. in Epist. I ad Cor. cap. 11.

de pan y vino, para que no fuese horrible á los fieles, lo cual acontecería si comieren la carne y sangre humana en su propia especie; también para que de los infieles no fuese escarnecido; y finalmente, para que se aumente el mérito de los hombres que creen que bajo las especies de pan y vino se contiene el cuerpo y sangre de Cristo».

Este misterio es todo de fe; por eso dice el Bto. Raimundo Lulio (1) que «por razón de la fe, el entendimiento se exalta y sutiliza tanto cuanto puede, para subir y remontar su entender á las verdades de las cosas por razones necesarias, como al entender... el Santísimo Sacramento del Altar... Á este ascenso, ó sublimación no puede llegar el entendimiento si primero no supusiere ser posible el objeto que hemos dicho».

«¡Oh invención singular!, exclama aquel santo, amante de los pobres, Tomás de Villanueva (2), ¡Dios y Hombre en un supuesto, Cristo! ¡O, otra invención semejante aunque ciertamente no igual á ésta! ¡Dios y Hombre, el Cristo en tan exiguo Sacramento! Estas dos invenciones hechas por Dios para utilidad nuestra hemos de alabar con todas nuestras fuerzas y las hemos de rumiar, de día y de noche, con todo nuestro corazón. El mismo Cristo es el supremo de todos los prodigios; mas este Sacramento es el mayor de todos sus milagros. En mi juicio no es un milagro solo, sino admirable compendio de muchos milagros. ¡Buen Dios! ¿quién podrá examinar todos los milagros que en él se contienen?.. ¿qué cosa más dulce, qué más pura, qué más preciosa que esta comida? Ella no procede de la tierra, sino del cielo; no hecha por obra de los hombres, sino formada por virtud del Espíritu Santo en el sagrado vientre de la Virgen; ella contiene todo sabor y toda suavidad; en ella reside la plenitud de todas las virtudes y de todos los carismas. Si alguno tiene hambre, acérquese á Jesús sacramentado y se saciará totalmente; si es pecador, lléguese y hallará indulgencia; si enfermo, medicina; si justo, hallará gracia; si está muerto,

(1) Virtudes en la filosofía moral.

(2) Sermon sobre las palab.: Notas facite in populis adinvent. etc.

recibirá la vida; si triste, la alegría; si necesitado, la abundancia. Todo género de suavidad da esta comida, toda celestial, toda divina, ninguna mezcla tiene de lo terreno».

«Habiendo de apartarse Jesús de la vista de sus discípulos, exclama el sabio presbítero Luis Vives (1); ¿qué más le convenía á Él, pues tanto les amaba, que dejarse á sí mismo en la Eucaristía para memoria suya, en la cual podían despertar su amor para amarle? Ella es la medicina de la enfermedad y el preservativo de todos los males». Por eso dice el dominico Fr. Domingo Soto que «una de las razones por que fué conveniente la institución de este Sacramento en la noche de la Cena fué, porque aquellas cosas que se dicen en último lugar, especialmente cuando se aparta uno de los amigos, se recomiendan más á la memoria; con la particularidad de que entonces se inflama más el amor hacia los mismos amigos y también de que aquellas cosas que más impresionan, más profundamente se imprimen; todo lo cual se verificó en la institución de la Eucaristía, porque Cristo en este trance se apartaba de sus discípulos para no tener con ellos ya la compañía mortal; les dejó su Cuerpo y Sangre en el Sacramento, cosa que les impresionó sobremanera; y esta era la última y superior prenda que les dejaba, para que se acordasen perpetuamente. ¿Cuál sería en aquella hora el amor de Jesús hacia sus discípulos?...

«Fué convenientísima la institución de este Sacramento, añade el franciscano Dupasquier (2), porque por él brillan singularmente las divinas perfecciones. Resplandece en primer lugar la verdad y el amor, pues no podía darnos mayor amor que quedarse perennemente con nosotros por modo de comida; en segundo lugar se destaca la sabiduría, según dice el Espíritu Santo: La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló el vino y puso la mesa. La omnipotencia brilla en tercer lugar, según lo del Salmista: Dejó memoria de todas sus maravillas. Y finalmente resalta la gloria de su pasión, porque aquí perpetuamente se recuerda. Por este Sacramen-

(1) De veritate fidei christian. Lib. II.

(2) De Euchar. Disp. I, conc. I.

to se evacuan el valor, el mérito y la celebridad de todos los sacrificios antiguos, y por él se terminan todas las sombras de las antiguas figuras y se cumplen las profecías.» Ciertamente resplandece la bondad de Dios, porque «entre las muchas cosas que este Señor nos dejó en este mundo para testimonio de su benignidad, dice el teólogo Alonso de Castro, la principal es aquel entre todos excelentísimo Sacramento que por la afluencia y exuberancia de gracias que por él se nos confieren se llama Eucaristía. Por lo cual, así como él es el más excelente, así también convino que para celebrarlo se instituyera un culto religioso más eminente, con el fin de que por el culto exterior se levantase el ánimo de todos los presentes á mayor reverencia suya» (1). «Era además conveniente que la Eucaristía fuese instituída en el día de la Cena, añade el cardenal Cayetano, porque ya que Jesucristo se apartaba de sus apóstoles en propia especie, les dejase para su consuelo á Él mismo, pero en especie sacramental; asimismo, porque cesando el sacramento antiguo representativo de su pasión, era conveniente que instituyera uno nuevo, el cual representase su misma pasión y muerte» (2).

«Los ministros de la Eucaristía, prosigue Natal Alejandro, y cualquiera que dignamente quiera comulgar, recuerdan la memoria del beneficio inmenso de la divina largueza y la inefable prenda del divino amor por el cual nos dió Cristo en tan admirable Sacramento su Cuerpo para refección de nuestras almas, con el fin de que hiciésemos un solo cuerpo con él» (3).

Esto mismo viene á expresar el sabio Belarmino, cuando dice: «En este misterio se hace memoria y se agradece á Dios el beneficio precioso de la santísima Pasión del Salvador y juntamente se da el verdadero Cuerpo y Sangre del

(1) Lib. X adversus hæres. Missa.

(2) Com. S. Thomæ. Q. 66, art. V.

(3) Com. in Paul. I ad Cor.

Señor, por el cual estamos obligados á dar á Dios gracias perpetuamente (1).

Oigamos al benedictino Agustín Calmet: «Bajo las especies de pan y vino ofrecía Jesús á sus discípulos la verdadera cosa cuyo símbolo era el sacrificio del cordero pasual. Así ratificaba la reciente alianza, y esto era prenda al mismo tiempo y precio de la redención de ellos. Por el cordero que se inmolaba en memoria de la libertad de Egipto, les entregó su Cuerpo, víctima de expiación por los pecados de ellos y prenda de los litigios según la libertad. Por la sangre con la que se rociaban las puertas de los israelitas para ahuyentar el ángel exterminador, les dió su propia sangre, con el fin de que por ella se sustrayesen de la potestad de los demonios» (2). Así es; porque, según el venerable franciscano Angel de Pas, «la sangre de Cristo sacramentado arroja lejos los espíritus infernales y nos granjea la compañía de Dios y de los ángeles; pues al ver aquéllos la sangre del Señor en nosotros, pónense en fuga, acudiendo éstos prontamente á servirnos» (3). Fué ratificada asimismo la reciente alianza; porque «así como antiguamente, dice el jesuita Jaime Tirino (4), por la sangre y muerte de los animales fué confirmado y como sellado el testamento antiguo, ó última voluntad por aquel tiempo del Dios testador, con la condición de que guardasen los mandatos y ceremonias prescritas entonces por Él mismo; así ahora Cristo, con su sangre derramada; esto es: con el Sacrificio ofrecido, parte incruentamente en la última cena, parte cruentamente poco después en cruz, confirma la nueva alianza, la nueva, por este tiempo, voluntad suya, por la cual nos lega los bienes espirituales y la celestial heredad, con la condición de que observemos sus preceptos y de que usemos sus Sacramentos».

¿Qué es lo que enseñan los Doctores eclesiásticos sobre

- (1) Declaratio Doctrinæ Christianæ. De Eucharistia, cap. IX.
 (2) Com. in Math.
 (3) Com. in Marc.
 (4) Com. in Math.

la Comunión? Veámoslo. Cornelio Alápide (1) dice que «con la sagrada Comunión el hombre deja de ser lo que era para convertirse en otro Jesucristo. No somos nosotros los que vivimos; es Jesucristo el que vive en nosotros, como dice el Apóstol de las gentes. Esta es una de las más hermosas prerrogativas del sacramento del altar, que recibimos con la Comunión. Los demás manjares que usamos se convierten en nuestra propia substancia; pero éste nos transforma á nosotros; cambio infinitamente ventajoso, porque es infinitamente más preferible vernos convertidos en Dios, que si Dios se hubiese convertido en nosotros mismos. Si Dios se cambiase en nosotros perdería su santidad, porque no somos más que miseria y pecado, y perdería también todas sus perfecciones, porque nada tenemos por nosotros mismos, ni somos nada. Pero hallándonos convertidos en Jesucristo, tanto como es posible que lo estemos, adquirimos todo lo que no teníamos ni podíamos tener más que de Jesucristo y perdemos todo lo miserable y dañino que en nosotros existía. Éramos débiles, y ahora somos fuertes; éramos ciegos, y ahora vemos claro; éramos pecadores, y ahora con la más feliz de las transformaciones hemos llegado á ser santos». Á propósito de esto, dice el gran Bosuet, que «el Hijo de Dios en la Eucaristía, tomando la carne de cada uno de nosotros comunica á nuestro ser las cualidades divinas del suyo, consiguiendo de esta suerte el objeto final de la Religión sobre la tierra».

«Cuando recibes la Eucaristía, añade S. Lorenzo Justiniano (2), sientes á la verdad, los accidentes de pan y vino. Mas te ruego: si esto es la substancia de pan y vino y no el Cuerpo de Cristo; ¿cómo puede ser que, siendo tan pequeña la hostia y en tan corta cantidad el vino, resulte en el alma y cuerpo tanta fortaleza y renovación del hombre interior, tanto fervor de la divina caridad y suavidad espiritual, tanta afluencia de la íntima paz y amor á las cosas eternas, tanto deseo de aprovechar y anhelo de la virtud, tantos actos, en

- (1) In Comm. ad Script.
 (2) Serm. Eucart.

suma, de gracias?» Comulguemos, pues, con el fin de sentir los ardores de la caridad, porque como decía el canciller Gersón, «el que comulga por no sentir fervor, es como aquél que, teniendo frío, no quiere acercarse al fuego por no sentir calor».

Osio (1) y Toledo (2) dicen que «la unión de Cristo con el alma cuando ésta comulga, no es tan sólo de hábitud ó de caridad, antes bien natural, al modo que como se expresan algunos de estos Padres se unen dos gotas de cera líquida». El eximio doctor Francisco Suárez añade que este Sacramento concede además la perseverancia, causando una externa protección y una interna inspiración, mediante la cual se disminuye el fomes del pecado y se templan los apetitos carnales» (3). El suavísimo S. Francisco de Sales dice que cualquiera que frecuenta á menudo y con devoción el Sacramento, fortalece de tal manera la salud y vida de su alma que es casi imposible sea emponzoñado de alguna suerte de dañada afección. No podemos sustentarnos de esta carne de vida y vivir juntamente de afecciones de muerte; y así como los hombres si permanecieran en el paraíso terrestre pudieran no morir según el cuerpo, por la fuerza del fruto vital que Dios en él había puesto, así también pueden no morir espiritualmente por la virtud de este Sacramento» (4). Ciertamente; nuestra fortaleza es Jesús Sacramentado, por lo cual asegura el glorioso S. Antonino de Florencia que, «sabiendo Nuestro Señor la fragilidad de sus discípulos y habiendo de pasar de este mundo al Padre, les proporcionó el Viático de su Cuerpo y Sangre, con el fin de que, robustecidos en este camino del mundo, pudieran llegar fortalecidos á la bienaventuranza» (5).

¡Oh caridad de Cristo, mayor que toda admiración! exclama el cardenal Torquemada; ¡Somos dignos del manjar de los cerdos y hemos sido hechos participantes y compa-

(1) De confessione cathd.

(2) Anotat. 29 sup. cap. 6 Joan.

(3) Disp. 64. sect. 2.

(4) Introduc. á la vida devota. cap. 20.

(5) Serm. Feria V. in Cœna Dom.

ñeros de los ángeles, porque escrito está: Les dió pan del cielo; pan de ángeles comió el hombre. Ni tan sólo nos da el pan que contiene en sí todas las delicias, sino lo que más nos debe llenar de estúpido, pues el divino amor constituyó sus delicias en la compañía de los hombres. Alaben los hijos de los hombres las misericordias del Señor y sus maravillas. ¿Qué cosa, oh alma, podía para ti destilarse desde lo alto de los cielos más suave, ó se te podía dar más deleitable, que lo que el Señor de todas las cosas, fuente y plenitud de todo bien ha puesto sus delicias con los hijos de los hombres? ¡Oh corazones duros y endurecidos de los hijos de Adán; absolutamente congelados están los pechos de aquellos que á tanto incendio de amor no se encienden y derriten!» (1) «No nos dió Jesucristo cualquier género de manjar usado, añaden los Padres del Sínodo Provincial de Petricovia, sino su santísimo Cuerpo y preciosísima Sangre, al ver lo cual tiemblan los ángeles, no pudiéndole mirar sin llenarse de pavor por los fulgores que despiden».

«Aquí es donde Cristo Nuestro Señor mostró su omnipotencia y todo su poder, prosigue el Ilmo. P. Jerónimo Lanuza, obispo de Barbastro, á saber: en la institución del Santísimo Sacramento. Para que entendamos esto, quiere tratar primero del poder sumo que sobre todas las cosas le había dado su Eterno Padre, cuando, al tratar de esta soberana institución, dice: Sabiendo que el Padre le había entregado en sus manos todas las cosas. ¡Poder de Dios! ¡Oh poder!... ¡Oh humildad! puso en la sagrada Eucaristía su persona, su cuerpo, su alma, su divinidad, su sangre, su gloria, su omnipotencia, su vida y todas las riquezas que posee, y esto para que estando aquí en este bocado vaciado Él mismo, y todo cuanto Él tiene poniéndolo en nuestro pecho, quedemos ricos con todo eso, y sea nuestro Él y todo el bien que tiene; de suerte que no le quede cosa á Dios que no nos la dé. Este sí es amor. Ahora sí que llegó el amor á lo sumo, porque si obra del amor es dar, ahora llegó Él á dar tan á

(1) Opus. Sacram. Euchar.

lo sumo que no le quedó cosa que no diese, pudiendo exclamar entonces: ¿Qué más pude hacer por mi viña que no hice?» (1) Por eso asegura Melchor Cano (2) que «no podemos ofrecer á Dios otro don mejor que el que se nos da en el Santísimo Sacramento»; por eso es también por lo que asegura el moralista Scavini que «por medio de este Sacramento podemos dar dignamente gracias á Dios por los beneficios recibidos»; diciendo además el abate Bergier (3) que la Eucaristía es el principal medio por el cual podemos dar gracias al Altísimo por el beneficio de la Redención».

¿Será admirable y excelente el Santísimo Sacramento? Los Doctores lo dirán. «Como no haya en la Iglesia, dice el benedictino Edmundo Martene, otro Sacramento mayor que el de la Eucaristía ni más noble, ni más ilustre, por eso en ningún otro Sacramento á excepción de éste, se afanaron tanto los cristianos en su peculiar veneración, con los aparatos de las ceremonias más tiernas y por el frecuente uso. (4) «Tanta es su grandeza, añade el teólogo franciscano Frassén, que, no pudiendo los autores más perspicaces, ni los más elegantes doctores sagrados llegar á la comprensión de sus eximias dotes y celestiales prerrogativas, ni deslindarlas por la palabra, acumularon según mejor pudieron multitud de alabanzas y elogios en honra suya». (5) «La Eucaristía, prosiguen Vicencio Patuzzi y el agustiniano Lorenzo Berti, es el sublime Misterio, eximio signo del divino y fragantísimo amor de Cristo hacia nosotros, prenda de la eterna gloria, cuyas inefables alabanzas, consuela más que con el silencio le veneremos, que le celebremos con delicados y desproporcionados sermones». (6) Juan Dicastillo, repitiendo lo del Concilio de Trento, dice, que «si atendemos á la dignidad de este Sacramento, es entre todos el primero, porque contiene en

(1) Sermón del Jueves Santo.

(2) Lib. 12 Lugar teol.

(3) Diction. de Theol. v. Eucharist.

(4) Tract. de Euchar.

(5) Disp. 1.^a

(6) Tract. 10 sacra.

sí á la fuente de toda santidad que es Cristo», (1) por la cual añade Anacleto Reinfenstuel, que «este Sacramento jamás se podrá dignamente alabar» (2) y afirma Benjamín Elbel, que «la Iglesia universal le apellida el más digno de los sacramentos por contener en sí el manantial de los raudales divinos». (3) Bonacina le llama inefable y augustísimo. (4) El capuchino Fr. Bernardo de Bononia dice que es el más noble; (5) Sgambati, que es el eminentísimo por esencia; (6) Agustín Lehmkuhl añade, que «Dios hizo á la sacramental comida perenne é inagotable fuente de gracia y de caridad, y por tan suavísimo y eficazísimo medio nos comunicó todos los dones celestiales que mediante su Pasión tan abundantemente había merecido». Así que Juan Bautista Gonet, del orden de Predicadores, afirma que la Eucaristía es el último extremo del esforzado amor de Jesucristo hacia los hombres». (7) «Con sumas alabanzas, por tanto, se debe venerar, tributar honor y celebrar el Santísimo Sacramento, dicen los Salmanticenses, por su sublimidad, excelencia y grandeza». (8) Y Odón de París añade que «suma reverencia y honor se debe á los sagrados altares, mayormente á los que en ellos está reservada la Eucaristía». (9) En una palabra: Tournelli dice que «ni hay ni puede darse un auxilio más poderoso en esta vida para el hombre que la Santísima Eucaristía (10)».

Pero oigamos al erudito Gaume: «¡La Eucaristía! He aquí el Sacramento más augusto; he aquí el manantial mismo de la gracia; he aquí el inefable misterio por el cual se opera entre Dios y cada uno de nosotros la unión más perfecta que aquí abajo podemos alcanzar... Después de la Comunión ya no hay más que el cielo, pues ella es el paraíso en la tierra». (11) «Hay en la Religión católica un misterio, añade el sabio Balmes, que la Iglesia celebra con ceremonias augustas y que el cristiano adora con fe y con amor. Éste es el de la Eucaristía; misterio que es un hecho sobrenatural, incomprensible al débil hombre, inexplicable con

(1) (2) (3) (4) (5) (6) (7) (8) (9) (10) Tract. de Eucharist.

(11) Catecismo de Persever. de la Euchar.

palabras humanas; esto lo confiesan los católicos, esto lo reconoce la Iglesia. No se trata pues de señalar una razón filosófica para aclarar este arcano; ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad; se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo en sí, porque si tal fuera, el dogma no sería una verdad sino un error: la omnipotencia divina no se extiende á lo absurdo», etc. (1) Después pasa á probar que no envuelve contradicción.

«Todos los Sacramentos dan la gracia, dice Augusto Nicolás, y son derivaciones de aquella divina encarnada en Jesucristo y que por su muerte se derramó sobre toda la humanidad. El sacramento de la Eucaristía va aún más adelante: no sólo da la gracia, sino el Autor mismo de la gracia, no sólo la emanación, sino la plenitud y la fuente; es decir: que lo da todo, agota la liberalidad y el amor del mismo Dios, y es por excelencia y sin reserva el Sacramento del amor. Este pensamiento encadena mi razón vacilante, mis sentidos rebelados, y penetrando hasta mi corazón, lo abre á la fe. La profundidad del misterio no me subleva ya, me encanta, me decide, porque descubro en él la profundidad del amor, que, ocultándomelo, me lo descubre. ¡Tanto amó Dios al mundo! En estas palabras está compendiado todo». (2) «¡Oh Dios mío, Rey mío y Señor mío! exclama el doctor suavísimo S. Alfonso María de Ligorio ¡Quién me diera que todos mis miembros se convirtieran en lenguas para alabar y engrandecer las finezas de vuestra bondad en ese divino Sacramento!... Me atrevo á decir que sois con demasía amante de los hombres, porque les disteis todo lo que podíais darles en este Sacramento con el fin de que ellos os amasen». (3) Bendito seáis Señor por todos los siglos de los siglos.

Recoge, lector querido, las autoridades mencionadas y con ellas puedes contestar prácticamente á los argumentos de los herejes que niegan la real presencia de Cristo en la Eucaristía.

(1) Filos. fund. c. 33.

(2) Estud. filos. part. 2.^a, cap. 17.

(3) Visitas día 5.



CAPÍTULO II

La Eucaristía y los Sumos Pontífices

Cierto día el Salvador, estando en Cesárea de Filipos, tuvo á bien preguntar á sus discípulos: (1) ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Juan Bautista, respondieron unos; Elías, añadieron otros; Jeremías ó alguno de los profetas, contestaron por fin los demás. Mas vosotros, añadió el Salvador, ¿quién decís que soy yo? *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*, prorrumpió en nombre de todos, Simón Pedro; «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, prosiguió el Salvador, porque no te lo reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Por lo cual te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos para que todo cuanto atares y desatares en la tierra sea atado y desatado del mismo modo en el cielo»; promesa que cumplió el Señor cuando, una vez resucitado, se apareció en el mar de Tiberíades á siete de sus discípulos entre los cuales estaba Pedro, (2) á quien, preguntando por tres veces si le amaba, y contestándole éste afirmativamente, le mandó apacentar sus corderos y ovejas; es decir, los obispos y fieles res-

(1) Math. cap. XVI.

(2) Joan XXI.